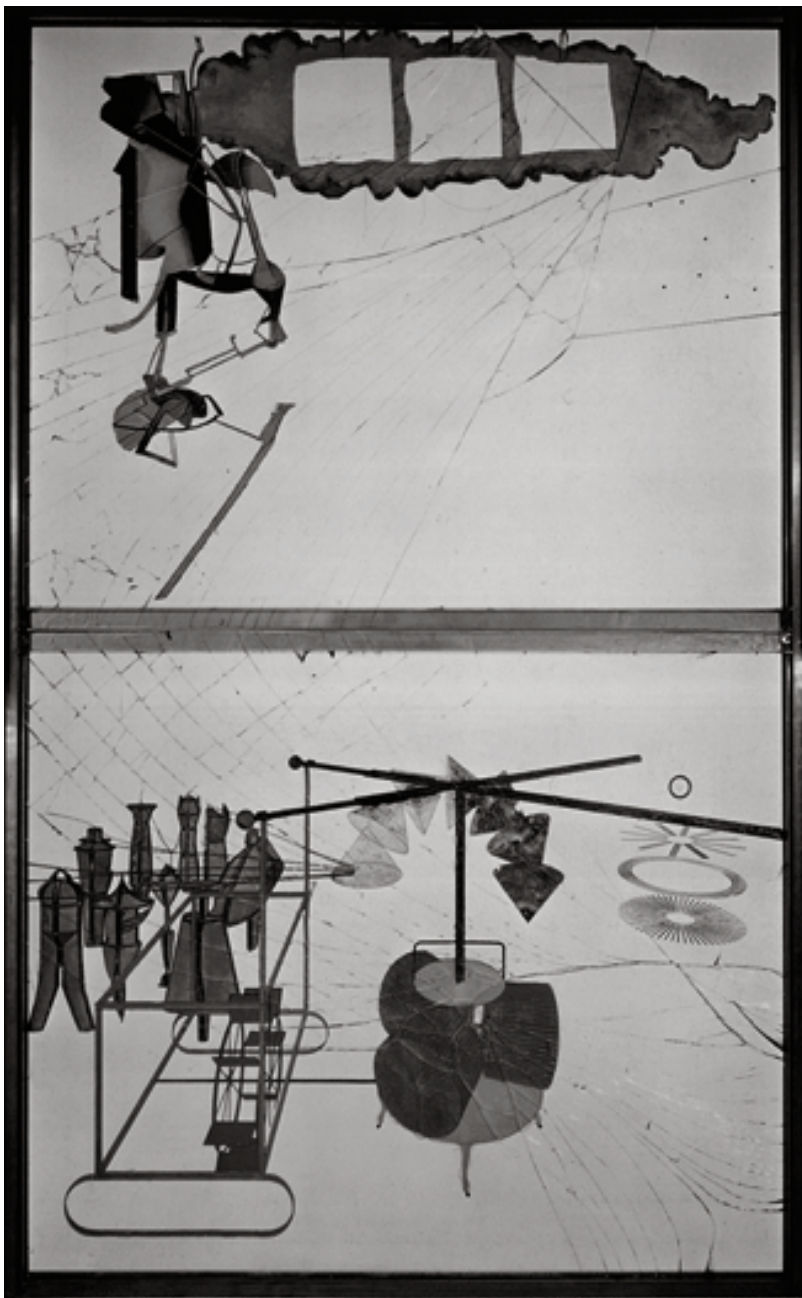


Marcel Duchamp

Hacia una sacralidad sin dioses

Mauricio Molina



Marcel Duchamp, *El gran vidrio*, 1915-22

Probablemente Marcel Duchamp sea el artista más influyente del arte contemporáneo. A cuarenta años de su muerte, su obra sigue arrojando el aura del enigma. Su obra se cierra sobre sí misma, no es difícil calificarla de autista, ya que se niega a la interpretación y se erige como un monumento crítico e irónico sobre las aventuras artísticas que recorrieron el siglo pasado. Participante activo del movimiento dadaísta, la más radical de las vanguardias de la primera mitad del siglo XX y más tarde miembro fundador del movimiento surrealista comandado por André Breton, Duchamp lanzó su crítica hacia la noción misma de arte. Basta con mencionar los *Ready Mades*, los más emblemáticos serían el orinal titulado *Fuente* y aquella reproducción barata de la *Mona Lisa* de Da Vinci a la que le añadió un par de bigotes dalinianos y un letrero que rezaba L.H.O.O.Q., que pronunciado en francés reza: *elle a chaud au cul*. Este gesto, que a simple vista parece una *boutade*, es en realidad un verdadero manifiesto: Duchamp, a lo largo de su vida, siempre criticó lo que él llamaba “pintura retiniana”, es decir la imagen pintada sobre el lienzo simplemente para su contemplación y que proviene del Renacimiento. La suya iba en una dirección opuesta. Cada una de sus obras tiene la rara cualidad del gesto, antes que la obra terminada. Sus experimentos futuristas, como el *Desnudo descendiendo la escalera*, o *La partida de ajedrez*, que deben todavía mucho a la pintura de su tiempo, son los preparativos para realizar una obra compleja cuyo sentido profundo es el de la abstracción absoluta. Este sentido de la abstracción nada tiene que ver con el abstraccionismo de los años cuarenta y cincuenta, sino con la concepción misma del arte, con su inmaterialidad.

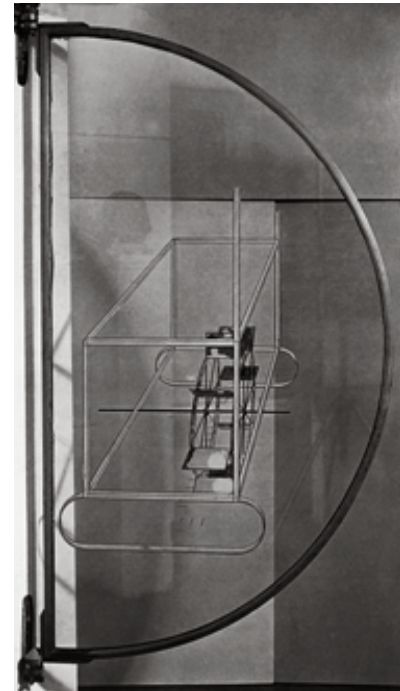
Si alguna definición merece Duchamp es la de que antes que nada fue un filósofo de las artes plásticas y de las artes en general. Sus dos obras fundamentales, *La mariée mise à nu par ses célibataires, même*, también llamada *El gran vidrio*, de 1925 y *Étant donné: 1° la chute d'eau, 2° le gaz d'éclairage*, de 1966, ambas voluntariamente inacabadas, van acompañadas de notas, bosquejos, citas. Aún estamos muy lejos de comprender el sentido de ambas piezas y difícilmente podremos entenderlas si sólo las interpretamos como obras plásticas, pinturas o esculturas. El gesto va mucho más allá.

En su estudio sobre Duchamp titulado *Apariencia desnuda*, Octavio Paz establece una ruta de exploración sobre el corpus duchampiano en la misma dirección de los escritos del gran estudioso Aby Warburg. Como el esteta alemán, Paz se lanza a interpretar la obra de Duchamp a través de un aparato crítico que incluye la simbología y sobre todo el arte hermético. Su interpretación de *El gran vidrio*, por ejemplo, nos conduce por la ruta del arte crítico, es decir, aquel que, utilizando un medio de expresión, lo niega por medio del principio de la ironía. *El gran vidrio* es ante todo una obra erótica. La novia, que recuerda una *Mantis Religiosa* robótica, echa a andar una máquina de hacer chocolate que hace girar a sus pretendientes. Se trata de un mecanismo erótico pleno de ironía con elementos de una sexualidad polimorfa e infantil perfectamente acordes con el surrealismo. La obra, pintada sobre dos vidrios que se abren en un díptico y que se estrelló cuando fue llevada al lugar de su exhibición, nos presenta una imagen que parece flotar en el cristal cuarteado. Ventanas que se asoman a un universo preconsciente. Acompañada de una serie de notas e instrucciones para su "comprensión", *La mariée...* es una máquina abstracta que prefigura las relaciones entre el cuerpo y la máquina tan caras a obras mucho más tardías (pienso en la novela *Crash*, de G. W. Ballard llevada al cine por David Cronenberg).

Étant donné..., la obra en la que Duchamp estuvo trabajando en secreto durante los últimos años de su vida, obliga al espectador a mirar a través de una grieta en una antigua puerta de madera comprada en Cadaqués, el torso desnudo de una mujer, acaso desmembrada, que sostiene una linterna en cuyo fondo se atisba un río y un extraño bosque. La escena recue rdavagamente una estampa medieval: la mujer-maga-donante que ilumina el camino sagrado. Paz compara esta obra con los juegos de perspectiva manieristas y barrocos. Pero como en *El gran vidrio*, *Étant donné*, sólo puede ser leída o comprendida merced a las notas y bosquejos que la acompañan. El resultado es de nuevo una abstracción. Antes que a la mirada, la obra sólo puede dirigirse al cerebro del espectador. Se trata de una obra para la inteligencia y no para la mera contemplación estética. Se pueden encontrar muchas interpretaciones a esta imagen inquietante. Como en *El gran vidrio*, es la mujer, lo femenino, lo que pre valece en un ámbito simbólico, onírico.

Ambas obras establecen un desafío hacia el espectador. Pero Duchamp no busca la interpretación: se sitúa en las antípodas de ésta. Busca ante todo establecer la inmaterialidad del arte, su ubicación en un lugar mental del que la imagen no es más que el principio. Esta inmaterialidad, de paso, al situarse más allá del objeto, de la obra, no sólo establece una crítica del mercado y del capitalismo, sino que prescinde de él al buscar el efecto estético en la mente del espectador. Sería demasiado fácil ubicar el trabajo de Duchamp en el ámbito del arte conceptual, esa moda que ha provocado grandes charlatanerías. Habría que ubicar su obra como una manifestación del arte hermético, cerrado sobre sí mismo, que disuelve el sentido y provoca en el espectador un efecto al mismo tiempo inquietante e irónico.

Más arriba afirmé que Duchamp era ante todo un filósofo de la imagen. El hermetismo manierista, barroco, simbolista o surrealista no es más que un principio



Marcel Duchamp, *Corredera que contiene un molino de agua de metales vecinos*, 1913-15

para abordar su obra. Contemporáneo de Wittgenstein existen también elementos provenientes de lo que el filósofo vienés llamó "lenguaje privado". La obra de Duchamp contiene múltiples elementos de un hermetismo personal, cerrado sobre sí mismo, autista. Muchas obras contemporáneas, desde el *Finnegan's Wake*, hasta Joseph Beuys la música de John Cage, se sostienen sobre un elemento inmaterial, misterioso, externo a la obra y sin embargo rodeándola de un aura, de modo que se nos presenta como el prelude o el vestigio de la creación.

En este sentido hay una relación profunda con el arte sacro medieval, que manifiesta un significado que está más allá de la imagen propiamente dicha. Lo que ocurre es que en una era sin dioses, lo que se encuentra más allá es el lado oculto del mundo, su negativo irónico: no una presencia sagrada sino una presencia onírica, erótica, simbólica: aquello que a falta de palabras o pensamientos sólo la imagen puede indicar. **[U]**

Si alguna definición merece Duchamp es la de que antes que nada fue un filósofo de las artes plásticas y de las artes en general.